

## Cuando la política pierde importancia

Lorenzo Meyer

### **La naturaleza de los tiempos**

Para bien y para mal, la política está perdiendo capacidad para modelar a la sociedad, sobre todo en países como el nuestro. En efecto, en México y durante mucho tiempo, la política - las decisiones y acciones de los hombres que controlan el aparato de gobierno y del Estado- fue uno de los elementos determinantes de la naturaleza de nuestra sociedad, incluso en épocas en que el Estado era relativamente débil como, por ejemplo, en el siglo XIX. Esa pérdida de importancia relativa de la política es, a su vez, resultado de un cambio en la naturaleza de la soberanía del Estado nacional, del nuestro y de todos los demás. En efecto, hoy cada vez más los fenómenos que afectan de manera sustantiva a la colectividad nacional obedecen a influencias internas y, sobre todo, externas, y sobre las cuales las instituciones públicas tienen poco o ningún control. Si la soberanía -la capacidad de tomar las decisiones de poder que afectan a la sociedad nacional de manera autónoma- pierde su centralidad, inevitablemente eso mismo le ocurre a su principal instrumento: la política.

Como en el campo de las grandes fuerzas que moldean a las comunidades no puede haber vacíos -se trata de un juego de suma cero: lo que unos pierden lo ganan otros- el terreno que hoy abandonan el gobierno y los partidos, lo están ocupando otros factores, en particular la globalización, que es, a la vez, un hecho económico, tecnológico y cultural, de una magnitud sin precedentes. La vieja izquierda ve este proceso con desconfianza cuando no como una verdadera conspiración planetaria, en tanto que para la derecha es casi un sueño hecho realidad -el famoso "fin de la historia", al que se refirió Francis Fukuyama y que es el triunfo total y absoluto del capitalismo sobre sus enemigos. El cambio es tan reciente, tan cercano, que aún está por verse si se trata de un fenómeno permanente o sólo de la etapa inicial de un proceso de más largo plazo y donde lo político, transformado, volverá a tomar su centralidad de cara a la sociedad, justamente como una reacción ante ciertos efectos negativos, perversos, de la globalidad.

Para comprobar que lo político ha perdido su capacidad y vocación de moldear a la sociedad, no hay mejor camino que la historia, en particular la nacional, la nuestra. Pero antes de meternos en los laberintos del tiempo que ya corrió, conviene una aclaración. Es evidente que la naturaleza del "tiempo largo" de cualquier sociedad y en cualquier época está determinada por una multitud de factores además de la política, y que van desde la geografía y el medio ambiente, hasta las creencias religiosas, las experiencias pasadas y, desde luego, por las formas de producción y las influencias externas. Sin embargo, en el caso mexicano, y desde hace más de medio millar de años, en momentos clave, fueron las decisiones fundamentales de los hombres del poder las que pusieron en marcha mecanismos que determinaron en alto grado y por buen tiempo la naturaleza tanto de la economía como de la estructura de las clases, de las preferencias religiosas o las corrientes artísticas, entre otras.

### **Antes y después del encuentro**

Antes del "encuentro de los dos mundos", es decir, en vísperas de la conquista europea de América y en lo que hoy es México, la fuerza del poder era básicamente la de las armas y la voluntad de poder mexica. En efecto, fue la triple alianza de las tribus del Valle del Anáhuac el factor que determinó el carácter del llamado imperio azteca, tan amplio como fragmentado y, por ello, tan vulnerable a un factor externo como fue la invasión europea. El ejercicio del poder militar combinado con la negociación del conquistador, fue lo que aceleró la fragmentación del dominio azteca y lo que puso a unos grupos indígenas contra otros y lo que finalmente permitió que un puñado de españoles tuviera el control de áreas geográficas enormes y de altas concentraciones demográficas. Las acciones de poder de los conquistadores primero y de la Corona, después -su manera de ocupar y organizar al nuevo mundo- resultaron ser el factor determinante de la naturaleza de la economía y de la sociedad novohispanas por los siguientes 300 años.

La política, pues, era el factor determinante en la destrucción y reconstrucción total de la sociedad de la entonces Nueva España.

### **La primera centralización y la reacción**

La extinción en el siglo XVIII de una dinastía en España, -la de los Austrias- y su remplazo por otra -la de los Borbones-, fue un hecho eminentemente político. Y fue eso lo que llevó a una revolución en las formas de administrar sus colonias americanas, en particular su economía. El cambio aumentó la centralización, liberalizó el comercio, inició el ataque a las corporaciones -tanto a la Iglesia Católica, en particular a los jesuitas, como a las comunidades indígenas- y extrajo más riqueza de los particulares en beneficio de, y para los propósitos establecidos por, el poder monárquico y sus intereses europeos.

Fueron esas reformas de los Borbones, junto con otros hechos eminentemente políticos, como la independencia de los Estados Unidos, la gran revolución francesa, la invasión napoleónica de España, el surgimiento del liberalismo en la península y su concreción en la Constitución de Cádiz, así como el golpe de fuerza de Yermo en la ciudad de México, los factores que precipitaron el estallido de la revolución de independencia en 1810. De igual manera, fueron otros hecho también políticos como el retorno de Fernando VII al trono y la rebelión liberal de Riego en España, los que aceleraron las tendencias independentistas en México y llevaron a que en 1821 nuestro país apareciera en el mapa como otra nueva república.

### **La política, el martillo que forja a la nación**

En el proceso de creación de los estados naciones originales en Europa -Inglaterra, Francia, Portugal, España- fueron quizá las fuerzas económicas y las identidades culturales -religión y lengua- las que llevaron a la destrucción de las particularidades feudales y a la creación de entidades mayores que permitieron a los monarcas contar con los recursos para centralizar el poder y dar forma a estructuras administrativas muy funcionales para la expansión interna y externa de esas mismas fuerzas económicas. Desde esta perspectiva, resulta que los primeros estados nacionales europeos fueron el producto final de una lenta maduración económica y cultural de las sociedades, que culminó con las grandes monarquías nacionales. En América Latina y, particularmente en México, la situación fue casi la opuesta.

En nuestro caso, como en el de otras muchas sociedades que debieron experimentar los efectos del colonialismo, la sociedad fue moldeada no por sus propios impulsos y procesos

internos, como ocurrió en Europa, sino por factores externos de poder, por la potencia colonial, y para fines muy ajenos a los de la sociedad conquistada.

Cuando finalmente llegó la hora de actuar como estado nacional, México apenas si tenía Estado y desde luego no era más que una sombra de nación; era una colección de regiones y comunidades campesinas desconectadas y con algunas naciones indias -mayas, yaquis, etcétera- muy renuentes a ceder su identidad y autodeterminación en aras de algo tan incomprensible como los proyectos de las élites que soñaban con hacer de la antigua colonia un estado-nación como los europeos o Estados Unidos. En tales condiciones, fueron las fuerzas del poder, en particular la voluntad de los hombres fuertes liberales -Benito Juárez y Porfirio Díaz-, el factor que, mediante la sangre y fuego, empezó a dar forma a la nación, a destruir antiguas estructuras económicas y a moldear otras nuevas: expandir el latifundio y la agricultura comercial, introducir los ferrocarriles, crear un sistema financiero, hacer la gran obra pública y, en fin, poner a México en el mapa de las naciones que importaban a las otras naciones.

### **El nuevo régimen**

Ya en el siglo XX, la Revolución Mexicana fue un fenómeno eminentemente político y que terminó por concluir la obra de construcción nacional iniciada por los liberales. Fueron, pues, las acciones de un poder renovado, menos oligárquico, las que remodelaron a la sociedad rural mexicana por la vía de la reforma agraria, de igual manera fueron decisiones tomadas por la nueva élite dirigente la que pusieron fin al capital externo en el sistema bancario y crearon, en cambio, en 1925 el banco central -el Banco de México-, introdujeron reformas educativas, pusieron en marcha las medidas indigenistas, nacionalizaron la industria petrolera y los ferrocarriles y lograron hacer retroceder a la Iglesia Católica a un área donde no le fuese fácil tener influencia económica o en sistema de poder. Fue, en fin, la élite revolucionaria la que diseñó e impuso a la sociedad mexicana un proyecto nacional, con sus mitos, valores y prioridades. Por un buen tiempo, esa sociedad simplemente siguió a sus líderes, en particular al Presidente.

Los regímenes de la postrevolución crearon una economía semicerrada, donde las decisiones del gobierno y la inversión pública determinaban el ritmo del crecimiento. No

había empresa privada, por fuerte que fuese, que no dependiera de una u otra forma de la voluntad de los dirigentes por la vía de contratos, protección arancelaria, subsidios, control de las demandas de los trabajadores. Como lo señalara Luis Echeverría en su momento, la economía se dirigía desde "Los Pinos". En esas circunstancias, las grandes fuerzas que daban forma y sentido a la dinámica social se originaban o, cuando menos, pasaban por la política, en particular la presidencial.

## **El cambio**

Con la transformación política que tuvo lugar a nivel mundial al final del siglo XX, la política perdió fuerza en el gran sistema internacional y, quizá más, en México. Desde antes de que desapareciera la Unión Soviética -en los años setenta- las dirigencias de los países industrializados de Europa, Japón y Estados Unidos, consideraron que tenía que disminuirse el enorme costo de su sistema de "Estado Benefactor" y para ello había que devolver o lanzar al mercado algunas de las responsabilidades que los gobiernos habían acumulado desde la "Gran Depresión" de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial. Fue así como la política empezó a reducir su campo de acción. Con la derrota y destrucción del "socialismo real", se aceleró en todo el mundo el área en que la economía ordenaba la distribución de tareas, beneficios... y costos.

México, como país periférico, dependiente y con un sistema de poder arcaico, recibió de lleno el impacto de la despolitización global, de la deslegitimación y rechazo de lo político. En el ambiente mexicano de los años ochenta y de inicios de los noventa -salir de una crisis económica para caer en otra y en cada ocasión aumentar más el costo social-, la legitimidad de la acción gubernamental en términos de la "gran política" estaba a la baja, tanto por ineficiente como por ser fuente de una enorme corrupción omnipresente y que a veces rebasaba -y sigue rebasando- la imaginación del ciudadano común. Los argumentos expuestos por Gabriel Zaid en sus varios textos sobre el tema, constituyen el mejor sumario en contra de la prioridad de lo político -que en el caso mexicano era, y en gran medida aún es, autoritario- por sobre las otras posibles influencias en el proceso de reproducción y transformación de la sociedad mexicana.

## **¿Y el futuro?**

Una de las estrategias de los últimos herederos del autoritarismo mexicano -los tecnócratas- para mantenerse en el poder, o en lo que queda de él, consistió en sumarse con entusiasmo a la globalización, en ser sus abanderados locales. Ceden terreno político al mercado, la tecnología y la cultura global, pero mantienen la plaza, o lo que queda de ella. Pero, ¿el futuro va a ser una prolongación de este presente?

En el horizonte inmediato, no parece haber alternativa. El universo de lo político, definido como la acción del poder público para moldear a la sociedad, se contrae. Lo anterior no es sólo cierto para México, sino también, aunque en diferentes grados, para el resto del mundo, incluido el último gran socialismo: el de China.

Ahora bien, esta pérdida relativa de importancia de la política ha traído varias cosas muy positivas y debemos preservar: ha abierto espacios a la pluralidad, a la creatividad, desde luego a la productividad y, en cierto sentido, a la libertad misma. Pero eso es sólo una cara de la moneda de la globalidad. La otra tiene dibujada la pérdida, para muchos, de la poca seguridad que les daba la "economía centralmente planificada", el "Estado de Bienestar" en los países desarrollados o el "Estado interventor" en países como el nuestro. La "dictadura del mercado" permite, con la justificación ética del individualismo, que el pez grande se coma a muchos chicos sin que haya recursos materiales o morales para detenerlo. Los impulsos de la globalidad están dejando muchas víctimas -los desempleados, los inempleables, los de trabajo por horas, mal pagado y sin beneficio algunos, los viejos, los pobres- y llevados hasta sus últimas consecuencias, pueden ser, ya lo son, el infierno para millones. Ese "deshecho" social que está dejando la globalización puede convertirse en la materia prima de la que surja una repolitización de la vida social. Esta nueva política no debería pretender volver a recrear lo que fue, sino limitar los excesos de lo nuevo y evitar así una reacción radical, desde abajo, que arrastre con los aspectos positivos de la globalización y vuelva a imponer el orden estéril de las burocracias.